

EL ESPEJISMO DE ESAS HOJAS

IMPACTO DE LOS CULTIVOS ILICITOS EN MUJERES Y NIÑOS

Investigación desarrollada bajo el

Convenio Corporación Nuevo Milenio,
Centro de Información, Formación e Investigación
para el Servicio Amazónico - CIFISAM y
El Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia - Unicef
Abril 1997

Coordinación Editorial

Oficina de Comunicaciones, Unicef - Colombia

Diseño y diagramación

Formato Comunicación Diseño

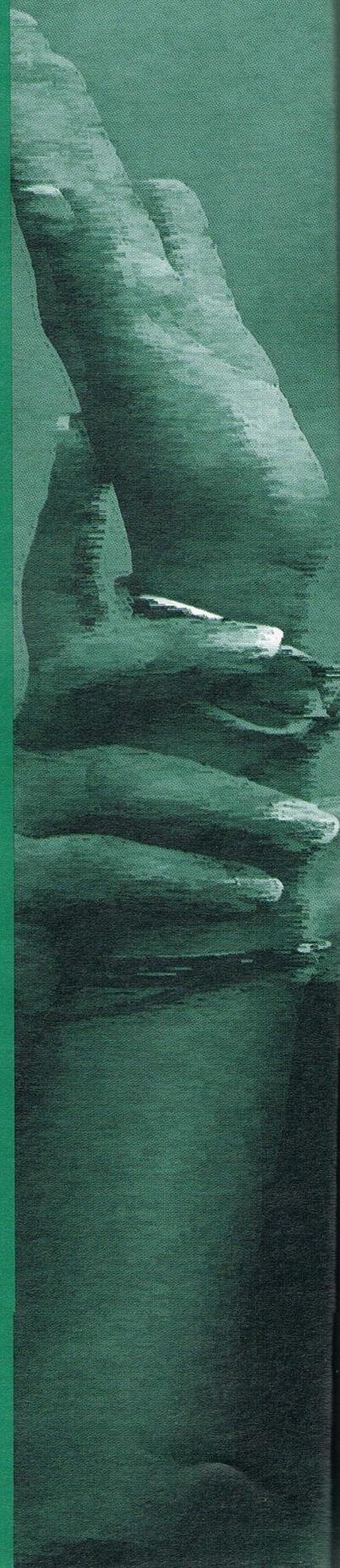
Fotografías

Unicef Colombia / William Torres

© Corporación Nuevo Milenio, CIFISAM, Unicef
Santafé de Bogotá, Colombia
Junio de 2000

Este documento se imprimió con el apoyo de Unicef
Colombia.

Las opiniones aquí expresadas son responsabilidad
de sus autores.



"Con el dolor de todos estos muertos, de los niños que crecen sin ninguna esperanza, me gustaría maldecir a la coca, pero más malditos somos los hombres y mujeres que en medio de nuestras miserias y necesidades nos dejamos embaucar por el espejismo de esas hojas, que a la larga son menos verdes que esta gran selva que siempre nos ha dado cómo vivir y comer".

Palabras de un viejo colono de La Hormiga, Putumayo.

Mamá Coca
El Deseo de la Coca
www.mamacoca.org

“En la escuela de Santafé, de los 36 niños que asisten, por lo menos 13 han sufrido quemaduras graves”.

Testimonio del párroco, Parroquia Auxiliar de Santafé del Caguán.



Santafé del Caguán es una de las inspecciones de policía que pertenecen al municipio de Cartagena del Chairá, poblado ubicado en el medio Caguán. Al margen de esta imponente arteria fluvial que desciende de las alturas de la cordillera oriental, se ubican los jóvenes caseríos, refugio inicial de los colonos pioneros, ahora habitados por agricultores, comerciantes y buscadores de la fortuna prometida por el “oro blanco”, la coca.

Las riberas del río Caguán, hasta su curso medio, ofrecen un paisaje marcado por la deforestación y la erosión, huella muda de los acelerados procesos de colonización que terminaron por “potrerizar” hasta las orillas del río, que en cada invierno se ensanchan devorando barrancos y cercas hasta hace pocos años ocupados por multitud de arbustos y frondosos árboles.

Los habitantes de Santafé del Caguán se enorgullecen de tener la única calle pavimentada de todo el medio y bajo Caguán. Las otras calles, como las de los demás poblados, se encuentran destapadas y cubiertas de una tierra rojiza que, con las lluvias, pasa de polvareda a lodazal. Sobre un gran muro de concreto escalonado, que a la vez sirve de muelle para las embarcaciones, se paga el peaje fluvial. *“Es que al pueblo se lo estaba llevando el río, pero los militares de una base que estuvo en un tiempo construyeron el muro”* comenta uno de sus pobladores.

El sobrecogedor testimonio del párroco nos introduce a una de las problemáticas que afecta a la población de niñas y niños en las dos zonas estudiadas. Ya que gran parte de los infantes se encuentran vinculados directamente al cuidado de los cultivos de coca y a las actividades del procesamiento, la exposición de los mismos a quemaduras e intoxicaciones es permanente.

Infortunadamente, la mayoría de estos eventos ocurren en las fincas, lugares rurales apartados a donde ocasionalmente se desplazan los promotores de salud en jornadas de vacunación y atención primaria de enfermedades. Esto impide un procedimiento médico adecuado para la atención de este tipo de accidentes, pues el desplazamiento de los afectados debe hacerse a través de caños y ríos en donde el transporte es difícil.

Entonces, por otra parte, para el tratamiento de las quemaduras y las intoxicaciones se acude a remedios caseros y a métodos alternativos como los que ofrecen yerbateros, curanderos y ‘hermanos espiritistas’, con los cuales no siempre se consiguen los mejores resultados para el afectado.

La mayoría de accidentes y traumatismos se relacionan con las sustancias químicas que se utilizan en los cultivos de coca (ácido sulfúrico, soda cáustica, perman-

ganato, gasolina, éter, acetona y cemento, entre otros), pues son altamente inflamables, tóxicas y/o irritantes.

Los efectos sobre los niños y las niñas y, en general sobre las personas que las manipulan, incluyen la aparición de alergias progresivas en manos, brazos y cara, la desfiguración del rostro y la destrucción de otros tejidos que entran en contacto con estas sustancias, la intoxicación por vía respiratoria y la irritación y destrucción del tejido ocular.

Inclusive, durante el segundo semestre de 1996, se detectaron en el centro de atención médica de Cartagena del Chairá dos casos de niños que nacieron con malformaciones. Uno de los recién nacidos no tenía tabique nasal y el otro presentaba malformaciones en el cráneo y la columna vertebral. Aunque no se realizó una investigación para evaluar con profundidad estos desórdenes orgánicos, los médicos presumen que se encuentran relacionados directamente con la permanencia y trabajo de las madres en zonas de cultivos ilícitos.

En ausencia de un tratamiento adecuado, y de acuerdo con la gravedad de las lesiones, puede ocurrir la muerte del afectado; como se cuenta en el siguiente relato:

“ Tengo 25 años y vine de Armenia (Quindío) a la zona en 1991, junto con mis dos niñas de 5 y 4 añitos. Unos amigos me habían invitado para que trabajara en la finca realizando los oficios domésticos...

La zona la encontré con mucho apogeo y había mucha gente en la finca, en la cual teníamos varias hectáreas sembradas de coca. El trabajo era pesado, tenía que levantarme a las tres de la mañana y me acostaba a las diez de la noche...

La gente se enfermaba, alergias en la piel y quemaduras. Unos señores que trabajaban en el laboratorio con gasolina se les impregnó en la ropa y la parte vaginal (sic) se les quemó muy horrible. Se aplicaron unas cremas y no pudieron trabajar como en mes y medio...

Cuando abonaban los cultivos se presentaban intoxicaciones que producían diarreas y vómito. En la finca había 40 trabajadores y tenía que atender a mis hijas. Con lo que me pagaban mensualmente ahorré y completé para comprar 18 animales que el señor de la finca me dejó tener junto a su ganado...

En la finca, los insecticidas, abonos y químicos los dejaban en cualquier parte del suelo, y un día tuve la mala suerte que la niña mayor destapó un frasco de ácido sulfúrico y no me explico cómo, tomó. Y la niña quedó inconsciente. Inmediatamente me vine a Cartagena del Chairá y me la remitieron al hospital de Neiva (Huila)...

Los médicos decían que era muy difícil salvarla. Me tocó vender 10 animales para llevarles la plata y no pudimos salvar la niña. Con eso, mis ilusiones empezaron a decaer. Ese incidente me afectó mucho y ya no quería volver a trabajar en esa finca⁵.

En la mayoría de los casos estos accidentes ocurren por descuido de los mayores, pues generalmente no se toman las medidas necesarias para almacenar los recipientes de las sustancias químicas que, como lo ilustra el testimonio anterior y el siguiente, se dejan en sitios a los que niñas y niños acceden con facilidad.

“En nuestra vereda utilizamos productos químicos como la gasolina, el éter, la acetona, el ácido sulfúrico y una sal que se usa para preparar la hoja de coca. No he tenido ninguna capacitación sobre el manejo de estas sustancias, ni tampoco sobre sus efectos en la salud...

Después de utilizar los químicos por lo general no nos bañamos porque no le damos importancia a eso, los frascos y galones de los químicos no tienen un lugar especial en la “cocina”, se dejan por ahí, en la pieza de la enramada, en algún corredor o debajo del piso. Por esos descuidos nos sucedió algo muy malo y trágico...

Una mañana, cuando todos estábamos ocupados alistando la hoja de coca para procesarla, un frasco de ácido sulfúrico lo destaparon los niños y se les regó. Y a un niño le causó heridas en su carita y en las manos, de tercer grado. Inmedia-

tamente ensillamos una bestia y corrimos con él al pueblo para hacerle remedios. Esto nos trajo un costo muy grande porque nos tocó que estar allá casi todo el mes...

El niño quedó con sus cicatrices muy feas. Esperamos que a la medida que crezca se le borren un poco, no lo podemos asolear mucho y a veces, cuando nos des-cuidamos, la piel le cambia de color y hay que aplicarle una crema que se consigue en la droguería del pueblo...

A partir de esos sucesos ya tuvimos cuidado con los químicos, y los almacenamos en una pieza. Yo creo que estos problemas se podrían solucionar sólo cuando cambiemos de actividad, porque mientras sigamos en este trabajo de los cultivos de coca, tendremos siempre la familia expuesta, y uno también, a los peligros...⁶”

⁵ Testimonio de una habitante de Cartagena del Chairá, Caquetá.

⁶ Testimonio una habitante del Valle del Guamués, Putumayo.

Usualmente, las personas que usan estas sustancias no tienen información sobre su grado de peligrosidad. Tampoco tienen nociones sobre cómo manipularlas adecuadamente y no toman precauciones como cambiar de ropa y lavarse el cuerpo después de aplicarlas. En ocasiones, niños de 13 y 14 años realizan directamente las tareas de procesamiento de hoja de coca, sufriendo las consecuencias, tal como lo cuenta uno de ellos.

"A mí me tocó trabajar cargando materiales, vendiendo dulces, lavando deslizadores y descunchando botes. Después empecé a raspar hoja de coca..."

Con los días tuve que trabajar en el laboratorio. Sacaba la hoja de la caneca, la exprimía y la botaba. La caneca tiene gasolina y la hoja sale negra..."

Uno llega primero que todo y muele la hoja, bien picadita con el pie. Le echa cemento, agua y la gasolina. La deja así un día y luego la exprime y le echa ácido sulfúrico, y de allí sale una agua. Después con soda cáustica la hace cuajar y de allí sale el polvo, primero mojado, claro, luego se seca. En todo ese "camello" uno se traga todos los olores de los químicos, uno siente que se le van entrando por la boca y que bajan por la garganta. También, se empieza a sentir un ardor duro en los ojos y al tiempo se sienten mareos y como borrachera..."

De todo eso, además empecé a sufrir con la alergia de la hoja de coca. Dan unos granitos o ampollitas que se van aumentando más y más. Eso a lo último se le puede ir el cuero a uno, se le pudre el cuero⁷".

Los médicos de los puestos de salud reportan numerosos casos como los anteriormente descritos, no sólo en niños, también en la población adulta. Desafortunadamente, por las condiciones en que estos profesionales trabajan, no se cuenta con un seguimiento sistemático que permita dar cuenta con exactitud de la magnitud y profundidad del fenómeno.

Eventualmente, ocurren otros incidentes de quemaduras menos frecuentes ocasionadas por ignorancia, como el indicado por la directora del Hogar Infantil en Cartagena del Chairá, quien recibió una niña de tres años con quemaduras de ácido en su pierna derecha. Indagado el padre sobre el suceso respondió:

"Que a la niña la había mordido en la finca una culebra y que para neutralizar el veneno aplicó el ácido sulfúrico a la pierna de la niña".

Los menores encuestados y entrevistados, al responder la pregunta sobre el tipo de enfermedades o accidentes que han sufrido en los cultivos de coca, declaran que los de mayor frecuencia son las quemaduras, las molestias producidas por intoxicación, las alergias en la piel, los mareos continuos y las cortadas y golpes sufridos mientras están en las labores de cultivo y procesamiento.

⁷ Testimonio de un niño del poblado Las Camelias del Caguán.

Como se manifiesta en el siguiente testimonio, los infantes también se ven expuestos a los peligros que acarrea la fumigación de cultivos de coca con herbicidas y fungicidas de alto poder venenoso.

“A veces he tenido que ayudar a mis hermanos a fumigar los cultivos de coca, y eso sí que es duro. Yo admiro a los otros niños y a las mujeres que les toca terciarse una bomba fumigadora, pues en ese trabajo termina una toda absorbida de químicos...”

Cuando lo he tenido que hacer quedo siempre medio muerta, pues esa bomba pesa mucho y a una le toca estar ahí entre las matas de coca con ese calor o en veces con aguacero todo el día, claro que lo más cruel es que a la final se termina bañada en veneno y ese olor no pasa aunque se lave después, el cuerpo queda impregnado a químico, antes yo no sé como estoy medio alentada...

Por las noches es que se empieza a sentir el malestar, le empieza a correr una sensación de cansancio y vienen los mareos, la rasquiña en la piel y empiezan luego a salir las ampollas y granos de la alergia. Quién sabe cuántas veces me habré intoxicado ya que esos químicos son muy malos, pero toca usarlos porque si no cómo acaba uno con la maleza y las plagas que se le prenden a la hoja de coca...

Yo creo que eso pasa también, porque en la fumigada siempre corre brisa y una se va contra el viento y todo ese veneno la va cogiendo a una y el que no se traga le queda impregnado. También debe ser falta de la precaución, pues en las etiquetas viene pintada una calavera como si fuera muy peligroso, pero yo nunca he podido leer muy bien esas letritas que vienen en los frascos de los químicos...”⁸

Los casos de quemaduras, intoxicación por inhalación o contacto y las alergias que afectan la piel, hacen parte del cotidiano de los cultivadores y procesadores de coca. Algunos los consideran como “gajes del oficio” y socialmente se apropian como hechos “normales”. Ello hace que con el paso del tiempo se pierda la sensibilidad ante este tipo de traumatismos. Como paulatinamente se desdibuja la capacidad de asombro de la comunidad ante el fenómeno, se evidencia cierta “resignación” colectiva ante el riesgo, el peligro y los graves efectos que va dejando en sus pobladores.

⁸ Testimonio de una niña, en el municipio de La Hormiga, Putumayo.

Como se manifiesta en el siguiente testimonio, los infantes también se ven expuestos a los peligros que acarrea la fumigación de cultivos de coca con herbicidas y fungicidas de alto poder venenoso.

“A veces he tenido que ayudar a mis hermanos a fumigar los cultivos de coca, y eso sí que es duro. Yo admiro a los otros niños y a las mujeres que les toca terciarse una bomba fumigadora, pues en ese trabajo termina una toda absorbida de químicos...”

Cuando lo he tenido que hacer quedo siempre medio muerta, pues esa bomba pesa mucho y a una le toca estar ahí entre las matas de coca con ese calor o en veces con aguacero todo el día, claro que lo más cruel es que a la final se termina bañada en veneno y ese olor no pasa aunque se lave después, el cuerpo queda impregnado a químico, antes yo no sé como estoy medio alentada...

Por las noches es que se empieza a sentir el malestar, le empieza a correr una sensación de cansancio y vienen los mareos, la rasquiña en la piel y empiezan luego a salir las ampollas y granos de la alergia. Quién sabe cuántas veces me habré intoxicado ya que esos químicos son muy malos, pero toca usarlos porque si no cómo acaba uno con la maleza y las plagas que se le prenden a la hoja de coca...

Yo creo que eso pasa también, porque en la fumigada siempre corre brisa y una se va contra el viento y todo ese veneno la va cogiendo a una y el que no se traga le queda impregnado. También debe ser falta de la precaución, pues en las etiquetas viene pintada una calavera como si fuera muy peligroso, pero yo nunca he podido leer muy bien esas letritas que vienen en los frascos de los químicos...”⁸

Los casos de quemaduras, intoxicación por inhalación o contacto y las alergias que afectan la piel, hacen parte del cotidiano de los cultivadores y procesadores de coca. Algunos los consideran como “gajes del oficio” y socialmente se apropian como hechos “normales”. Ello hace que con el paso del tiempo se pierda la sensibilidad ante este tipo de traumatismos. Como paulatinamente se desdibuja la capacidad de asombro de la comunidad ante el fenómeno, se evidencia cierta “resignación” colectiva ante el riesgo, el peligro y los graves efectos que va dejando en sus pobladores.

⁸ Testimonio de una niña, en el municipio de La Hormiga, Putumayo.

“ Nosotros llegamos a una finca del Caguán, la cual tenía un cultivo bueno de coca. Como no teníamos para pagar los trabajadores, nos tocaba al principio a nosotros mismos. Primero se nos ampollaron las manos a mi hermana y a mí, estar todo el día trabajando al sol y al agua era muy duro...

En las noches nos reuníamos todos en la casa a comentar sobre el trabajo y otras cosas, venían de otras fincas a visitarnos y algunos señores se ofrecieron a ayudarnos con el cultivo a condición de que después les pagáramos. Teníamos que abonar y fumigar el cultivo para que diera buena producción de hoja, y como nosotros no sabíamos de precauciones con esos venenos mi hermano el menor se intoxicó y estuvo muy delicado de salud...

Primero se le brotaron las manos y la cara y no podía aguantar el desespero de la rascadera, luego todo el cuerpo le cambió de color, se puso amarillo y verdoso, ya después vino la vomitadera y los dolores de estómago que lo hacían retorcer...

Con esa tragedia, las personas de la vereda comentan que a casi todos les ha ocurrido lo mismo, se han intoxicado porque no han tenido ningún tipo de capacitación ni precaución sobre el trabajo con los químicos...⁹”

El cuadro de dolor anteriormente descrito por los habitantes del medio y bajo Caguán (Caquetá) y del Valle del Guamués (Putumayo), adquiere una magnitud enorme si se tiene en cuenta que los traumatismos mencionados se combinan con las denominadas enfermedades “tradicionales” o endémicas, que afectan a las niñas y niños de estas regiones, entre las que se destacan las afecciones respiratorias y digestivas, el paludismo, la fiebre amarilla, el cólera, el dengue y la hepatitis.

El drama de las niñas y los niños quemados, intoxicados y afectados por alergias cutáneas, va más allá de las lesiones físicas producidas por el descuido o por su temprana vinculación a los trabajos de alto riesgo asociados con el cultivo de la coca, que de hecho ya afectan gravemente el desarrollo integral de los menores. Tiene que ver también con el síndrome social y psicológico que acompañará por el resto de sus días a los menores afectados.

Aunque los daños físicos inmediatos pueden eventualmente ser atendidos y curados, de su memoria nunca se borrarán el dolor, la fatiga del trabajo y los miedos que llevan por dentro. Este menoscabo de la dignidad humana, desgraciadamente, todavía no es considerado ni tratado en nuestro medio como un padecimiento, verdadera enfermedad, que ataca parte fundamental de la capacidad vivencial del ser humano y que lentamente carcome las bases sobre las cuales cualquier niña o niño construye sus expectativas presentes y futuras.

⁹ Testimonio de una niña, en la Inspección de Remolinos del Caguán, Caquetá.

“ Nosotros llegamos a una finca del Caguán, la cual tenía un cultivo bueno de coca. Como no teníamos para pagar los trabajadores, nos tocaba al principio a nosotros mismos. Primero se nos ampollaron las manos a mi hermana y a mí, estar todo el día trabajando al sol y al agua era muy duro...

En las noches nos reuníamos todos en la casa a comentar sobre el trabajo y otras cosas, venían de otras fincas a visitarnos y algunos señores se ofrecieron a ayudarnos con el cultivo a condición de que después les pagáramos. Teníamos que abonar y fumigar el cultivo para que diera buena producción de hoja, y como nosotros no sabíamos de precauciones con esos venenos mi hermano el menor se intoxicó y estuvo muy delicado de salud...

Primero se le brotaron las manos y la cara y no podía aguantar el desespero de la rascadera, luego todo el cuerpo le cambió de color, se puso amarillo y verdoso, ya después vino la vomitadera y los dolores de estómago que lo hacían retorcer...

Con esa tragedia, las personas de la vereda comentan que a casi todos les ha ocurrido lo mismo, se han intoxicado porque no han tenido ningún tipo de capacitación ni precaución sobre el trabajo con los químicos...”⁹

El cuadro de dolor anteriormente descrito por los habitantes del medio y bajo Caguán (Caquetá) y del Valle del Guamués (Putumayo), adquiere una magnitud enorme si se tiene en cuenta que los traumatismos mencionados se combinan con las denominadas enfermedades “tradicionales” o endémicas, que afectan a las niñas y niños de estas regiones, entre las que se destacan las afecciones respiratorias y digestivas, el paludismo, la fiebre amarilla, el cólera, el dengue y la hepatitis.

El drama de las niñas y los niños quemados, intoxicados y afectados por alergias cutáneas, va más allá de las lesiones físicas producidas por el descuido o por su temprana vinculación a los trabajos de alto riesgo asociados con el cultivo de la coca, que de hecho ya afectan gravemente el desarrollo integral de los menores. Tiene que ver también con el síndrome social y psicológico que acompañará por el resto de sus días a los menores afectados.

Aunque los daños físicos inmediatos pueden eventualmente ser atendidos y curados, de su memoria nunca se borrarán el dolor, la fatiga del trabajo y los miedos que llevan por dentro. Este menoscabo de la dignidad humana, desgraciadamente, todavía no es considerado ni tratado en nuestro medio como un padecimiento, verdadera enfermedad, que ataca parte fundamental de la capacidad vivencial del ser humano y que lentamente carcome las bases sobre las cuales cualquier niña o niño construye sus expectativas presentes y futuras.

⁹ Testimonio de una niña, en la Inspección de Remolinos del Caguán, Caquetá.

Si resulta cierto que poco sabemos sobre las dimensiones cuantitativas y estadísticas de este fenómeno, menos aún conocemos acerca del conjunto de perturbaciones psicológicas y sociales que produce en las niñas y niños las serias lesiones que relatan en sus testimonios. Pero cuando se está ahí, bajo el mismo calor húmedo, sentado frente a un niño con el rostro tostado por el sol y los ojos inundados de tristeza, se empieza a comprender que la profundidad de sus heridas también tiene que ver con la despreocupación y la indiferencia de una sociedad que carece de una cultura de respeto al infante, no sólo como sujeto de derechos elementales, sino como ser humano integral.

Por otra parte, las acciones y omisiones que han quedado expuestas en cada testimonio, dan pie para pensar en la reproducción de este conjunto de situaciones y actitudes que hoy golpean y destruyen a la niñez. La perspectiva en este sentido puede sonar bastante pesimista pero es contundentemente real: los comportamientos cotidianos, los valores, las actitudes y, en general, las relaciones sociales que se practican en estas zonas, construyen comunidades desgarradas, no sólo en sus manifestaciones físicas y visibles, sino también en su memoria colectiva, en ese espacio en donde si no se puede ser niña o niño, nunca entenderemos la dimensión de ser hombre o mujer, y viceversa.

EL ESPEJISMO DE ESAS HOJAS

CORPORACION
NUEVO MILENIO

CIFISAM

unicef 
colombia